

sino diadema (*nimbo*), que denota grande antigüedad: los cabellos largos con grande honestidad y decencia, caídos sobre los hombros; el cuello descubierto y de él pendiente en una cinta encarnada un joyel que cae sobre el pecho; el vestido verde, el manto blanco con su orla y forrado en colorado. Al lado izquierdo tiene el Niño, sentado en su regazo, teniéndole con aquel brazo: el cual tiene sobre la cabeza diadema (*nimbo*) como la Madre; el cabello cortado con su garcetica á la usanza de los reyes antiguos de Castilla; el rostro señoril y apacible, de lindas facciones; el talle al modo de los niños que pintan en las imágenes del Pópulo, con la mano izquierda asiendo un mundo que tiene sobre su regazo, la derecha levantada echando la bendición. Tenía vestida una túnica colorada motadiza; la mano derecha de la Madre tenía la flor de lis de oro arrimada al pecho, que caía sobre el joyel."

Respecto á su traslación desde el sitio donde fué pintada, dícese lo siguiente:

"Segun consta en una inscripción colocada en un cuadro al lado del Evangelio del altar, donde actualmente se halla esta pintura, despues de su invencion, «por la prisa que tenían de aderezar la iglesia de Santa Maria, para la novena que la reina Isabel queria hacer, volvieron á dejar esta pintura detrás del retablo principal, si bien sacaron una copia de ella para la reina y otras algunas para otras grandes señoras.» Siguiendo la inscripción referida, permaneció de este modo «catorce años, contados desde la invencion hasta el de 1638, en que (no se expresa con qué motivo ni por qué causa), cortando el pedazo de fábrica que ocupaba la imagen de Nuestra Señora, fué colocada á los piés de la iglesia, donde ha permanecido hasta el 18 de octubre de 1834, en que fué trasladada á este sitio á expensas de sus devotos.»

Ya esta inscripción no rige. Demolido el antiquísimo y venerando templo de la Almudena, atropellada y vandálicamente arruinada la iglesia por la revolución de 1868, la efigie de la Almudena y la de la Flor de Lis, hubieron de recibir cariñosa pero mezquina é incómoda hospitalidad en la contigua iglesia del Sacramento. El carácter de nuestra obra nos impide descender á lamentaciones, por otra parte estériles, acerca de este suceso, que es un oprobio para la villa de Madrid, para la corte y capital de España.

Ya en tiempo de Felipe IV se decía en una sátira contra el conde-duque de Olivares, que se atribuyó á D. Francisco de Quevedo:

Constrúyese un gran palacio  
En cualquiera prado ó cerro,  
Y el glorioso San Isidro  
Ni tiene iglesia ni entierro.

Hoy los tiene San Isidro, pero la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, ni tiene ya iglesia ni esperanzas de tenerla!

Los mismos críticos autores de la moderna *Historia de Madrid*, han tenido el acierto de darnos el dibujo de Nuestra Señora de Madrid (1), bella efigie de la

(1) La *Madona de Madrid* se la llama al pié de la lámina que da frente á la página 363 del tomo primero. En el mismo pueden verse la de la Almudena á la página 128, de rostro poco apacible, y la de la Flor de Lis á la página 152. El título de *Madona* desusado en España me parece de mal gusto y pedantesco.

Virgen esculpida en el siglo XIV con muy buen gusto y que se veneraba en el demolido convento de Santo Domingo el Real. Todavía esta preciosa efigie está sentada en trono de castillos y leones, con sencilla diadema, y con el Niño al brazo izquierdo y este en actitud de bendecir.

## XV.

CONQUISTA DE ZARAGOZA: NUESTRA SEÑORA  
DEL PORTILLO: SINGULAR DEVOCION DE D. ALFONSO EL BATA-  
LLADOR A LA VIRGEN MARIA EN SU GLORIOSO  
MISTERIO DE LA ASUNCION Y NOTICIA DE LAS PRINCIPALES  
IGLESIAS QUE LE DEDICO: NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA  
EN CALATAYUD Y OTRAS DE ESTA ADVOCACION.

Once años despues de la conquista de Toledo logró, por fin, D. Pedro I de Aragon apoderarse de Huesca, en 1096, despues de largo y porfiado asedio, y no sin protección visible del cielo, derrotando en los campos de Alcoraz á cuatro régulos musulmanes, como en siglos antes los cristianos de Jaca habian vencido asimismo á otros tantos. Pero en esta batalla no fueron moros solamente los vencidos, sino tambien cristianos, enviados contra cristianos por un mal rey, cuyo nombre es mejor callar aquí, siquiera no lo ealle la Historia.

Ganada Huesca, se dedicó la catedral á Jesus Nazareno, Santa Maria y San Pedro, como queda dicho. Cinco años despues el mismo D. Pedro se apoderó de Barbastro, cuya iglesia fué dedicada desde luego al culto de la Virgen.

A la temprana muerte de este valeroso monarca sin dejar sucesion, subió al trono su hermano D. Alfonso, llamado el Batallador, por las muchas batallas que dió y ganó, sobre todo á los infieles, que habia echo voto de combatirlos sin tregua.

El rey D. Alfonso VI, cargado de años y achaques, se hallaba sitiado en Toledo y desde su alcázar veía arder los cortijos y aldeas inmediatas. En la aciaga batalla de Uclés, habia perecido su hijo con la flor de la nobleza castellana. Los almorávides, cual torrente que logra romper el dique único que le contenia, habian invadido todas las nuevas conquistas de Castilla, apoderándose de nuevo de los territorios de la Alcarria y Soria hasta darse la mano con los moros que dominaban todavía las cuencas del Jalon y el Ebro. Juntó D. Alfonso aguerrido ejército de aragoneses y navarros, y marchó á Toledo en defensa de su tío D. Alfonso VI, recordando parentesco y favores, y olvidando mayores agravios: bien pronto derrotó á los musulmanes y los alanceó hasta meterlos al otro lado de Sierra-Morena. Al volver á Toledo recibió en premio el funesto regalo de la mano de su prima, la infanta viuda dona Urraca, poco despues reina de Castilla. En la mente del jóven

aragonés surgieron ideas de ambición honrosa, aspirando nada menos que á la unidad de España, idea que acarició con ardor, y que le fué funesta, á pesar de ser noble y conveniente. Portugal queria emanciparse y se emancipó. Galicia y Leon, recordando su antigua independendencia y llevando á mal la superioridad de Castilla, querian hacer lo mismo, y de paso la liviandad de su mujer y las interesadas miras de algunos poderosos hicieron al rudo y honesto monarca montañés volver contra los cristianos aquellas armas que habia jurado empuñar siempre contra infieles.

La conquista de Zaragoza se retrasó los nueve años que duraron las guerras civiles (1109-1118), hasta que resuelto y decretado el divorcio, se dedicó exclusivamente al asedio de aquella ciudad. Tomada ésta y devuelta al culto cristiano, el obispo D. Pedro Librana, nombrado de antemano para aquella iglesia, procedió á pedir limosna para el templo de la Virgen María, que durante cuatro siglos habia estado en poder de infieles, sosteniendo su culto pobremente allí y en la catacumba de las Santas Masas los pobres cristianos en ella tolerados, como desde aquel momento pasó á ser tolerada la aljama de mudéjares que habian capitulado. La mezquita mayor, que se cree era grandiosa, fué devuelta (1) al culto cristiano, bajo la advocación del Salvador, y en ella se puso la cátedra ó sede episcopal, que en el lenguaje catalan decian *la Seo*. En esta se puso una comunidad de canónigos agustinianos para dar culto á la Virgen. Estos vivian entónces con estrechez y austeridad; iban reemplazando á los benedictinos, ya demasiado opulentos, llenaban las capillas reales de Loharre, Alqueraz y Montearagon y otras, y se posesionaban de las catedrales nacies, escasas de rentas, haciendo santamente de la necesidad virtud. A imitacion de las catedrales se erigieron colegiatas con canónigos agustinianos, y Zaragoza los tuvo desde luego en la catedral de la Seo y la colegiata del Pilar, catedral que habia sido probablemente de los mozárabes, durante cuatro siglos y donde reposaban las venerables reliquias del grande Obispo y Padre San Braulio.

Mas entre tanto no holgaban los musulmanes, y expulsados á la fuerza de los muros de la antigua Salduba, creyeron poder ganar por sorpresa lo que les habian arrancado el valor cristiano y la asistencia del cielo. Conservaban todavia los musulmanes algunos fuertes al rededor de Zaragoza y en especial uno en el sitio que hoy se llama María. Supieron por sus espías que el rey se hallaba ausente, la poblacion poco guamecida y la custodia de los muros floja y descuidada. Tenia la ciudad doble muro: el interior de piedra, obra de romanos, defendia la ciudad antigua contenida en el trecho que media desde el Coso hasta el Ebro. Allí estaba la puerta del pretor Cinegio (*arco de Cineja*), por donde salieron los innumerables mártires que fueron bárbaramente asesinados en el campo que media desde allí á la iglesia de las Santas Masas, ó sea Santa Engracia. La poblacion que no cabia en tan estrecho recinto, saliendo de aquel cinturón de piedra, como suele suceder en esos casos, se habia acostado al pié del muro, resguardada por otro mas ligero construido de tierra. Este habian ganado ya los moros y se preparaban á abrir brecha en el de piedra, fuera porque conocieran alguna parte débil y fácil de za-

(1) Se cree que la iglesia de la Seo fué catedral en los primeros tiempos, antes de ser mezquita, y por tanto su restauracion devolvió á la iglesia lo suyo. La iglesia del Pilar se cree que fué catedral para los mozárabes durante los cuatrocientos años de la dominacion agarena, pues consta que hubo en Zaragoza algunos obispos mozárabes.

par, ó porque contarán con alguna secreta inteligencia, cuando de pronto aterró á la morisma un súbito y celestial resplandor, que iluminó toda la ciudad cual si fuera de día, despertando á los guardias, que al punto dieron el grito de alarma. Descubiertos los musulmanes y aterrados por la milagrosa luz huyeron despavoridos, como los filisteos al aparecer las ocultas luces de los trescientos soldados de Gedeon, y buscando atropelladamente la salida por el portillo del primer muro se atropellaron unos sobre otros, quedando muertos allí mismo, haciendo el pavor veces de espada. Los cristianos que salieron en pos de ellos completaron la derrota, y al observar el sitio de donde salian tan celestiales resplandores, hallaron una pequeña efigie de la Virgen sobre el apuntillado muro.

Por allí habian vivido los pobres mozárabes durante cuatrocientos años de cautiverio, durante los cuales los musulmanes no les habian permitido morar dentro del recinto murado, tolerándoles apenas la capilla de la Virgen del Pilar. No era costumbre de los moros permitirles vivir reunidos en parajes fuertes y desde donde pudieran comprometer la defensa de la ciudad, mucho mas desde que en Toledo les habia sido fatal ese descuido, que lamentan sus historias. Por eso los relegaban á los arrabales y parajes inferiores suburbanos. Creyóse, pues, que la pequeña efigie habia quedado oculta ó escondida en casa de alguno de ellos hasta el momento de ocurrir el milagro.

La efigie es muy pequeña, de menos de una tercia, y hecha de alabastro: no tiene corona, sino solamente una cinta que sujeta su cabello sirviéndole como de diadema. Cíñe su talle una correa que baja hasta los piés, y tiene á su Hijo al brazo izquierdo en actitud de tomar el pecho. Por estas señas y los perfiles de ella, la escultura no parece muy anterior al siglo XII, y quizá los artistas y arqueólogos no le dan tanta antigüedad. El color de la Virgen es el del alabastro, excepto en el rostro que es moreno, por haberlo iluminado en algun tiempo, dorando tambien la cabellera del Niño y de su Madre, y adornando de colores las grecas de las fimbrias ú orlas del vestido. Entre el Niño lactante y su Madre que mira con rostro grave y cariñoso, sostienen un pajarillo cogido por las alas, tierno emblema del alma del justo sostenida por los méritos de Jesucristo y la intercesion piadosa de María, alas con que se remonta al cielo.

Noticioso el Batallador de la sorpresa intentada sobre la augusta ciudad, ganada á tanta costa, volvió á ella presuroso, y despues de dar rendidas gracias á Dios y á su Santa Madre, veneró la pequeña efigie, y mandó construir una capilla en el paraje donde se verificó el milagro, viniendo á quedar colocada aquella en el portillo mismo abierto por los moros en el muro de tierra del primer recinto. Al tratar de reparar las brechas que aun habia en algunos de ellos, el pueblo léjos de alarmarse por el porvenir, procedió con tal confianza, que los dejó arruinar por algunos parajes, diciendo, que "puesto que los guardaba la Virgen no habia que tener cuidado por aquellas brechas." A vista de tanta confianza, un escritor antiguo improvisó un bello distico, que en vetusta tabla se leia en la sacristia de la iglesia:

¡O Salduba potens, Augusti nominis hæres,  
Felix, quod murus sit pia Virgo tibi!

(1) Puede traducirse así:

¡Zaragoza poderosa, cuán bien Augusta te llamas  
Pues la Virgen en persona te resguarda cual muralla!

Mas no era hombre el Batallador que lo dejase todo á cargo del cielo: unia las obras á la fe, y sabia que á la oracion debe acompañar el trabajo: *ora et labora*, como decia la piadosa leyenda de la Edad media, que nosotros con más palabras y menos acierto solemos decir: — «A Dios rogando y con el mazo dando.»

Bien pronto volvió sobre los agresores para vengar el agravio y afianzar la codiciada conquista, y arrojándolos del castillo de donde habian salido para su abortada sorpresa, los lanzó de allí y pobló aquello de cristianos, dando al lugar y á la fortaleza el nombre de *María*, que conserva aquel pueblo. Avanzó en seguida sobre Cariñena, y logró apoderarse de Calatayud, el día de San Jorge, despues de largo y porfiado asedio. Subiendo por las faldas de Moncayo, recobró igualmente á Tarazona, Borja, Cascante, Epila, Riela y Alagon, volviendo luego sobre Molina y Medinaceli, que habian recobrado los moros despues de la aciaga batalla de Uclés, y dejando limpia de musulmanes toda la cuenca del Jalon y la del Ebro hasta Zaragoza, pues la ciudad de Tudela habia sido recobrada de antemano por industria de su primo el conde de Alperche, durante el sitio de Zaragoza. ¿Merecia D. Alfonso únicamente el título de Batallador? ¿No fué tambien conquistador, colonizador y legislador? Dícese que dedicó más de tres mil iglesias á la Virgen María bajo la advocacion de su Asuncion gloriosa, siendo las principales, entre ellas, las catedrales de Tarazona y Tudela, y las colegiadas de Calatayud, Daroca, Cariñena, Borja y Alagon. Dentro de las dos comunidades de Calatayud y Daroca, que él erigió con sabia política, diéronse á la Virgen las parroquiales de casi todos los pueblos, y las matrices ó principales de aquellos en que habia mas de una, como en Ateca, Maulenda, Miedes y otros pueblos importantes de aquella tierra. Desde entonces principian asimismo las frecuentes apariciones de efigies de la Virgen, en aquel país, por él conquistado y devuelto al devoto culto de María Santísima, como veremos en el capítulo siguiente.

Del tiempo de D. Alfonso es la aparicion de la Virgen, que bajo la advocacion de la Peña se venera en el cerro donde estaba uno de los cinco castillos que defendian á Calatayud desde antes de su conquista. Dícese que antes de esta le daban ya culto los mozárabes en aquel paraje (1): posible es que en las faldas de aquel cerro le diese culto ó la escondiera algun mozárabe, pero ni estos vivian por aquel paraje, ni tiene visos de probabilidad que los musulmanes, tan recelosos con los mozárabes, les dejaran tener templo y culto en paraje donde ellos tenian un castillo, que dominaba y domina la ciudad. En esto como en todo se principió por escribir conjeturas, y el vulgo tomó por verdaderas las suposiciones gratuitas y poco verosímiles conjeturas, que hallaba en escritos de mucha piedad pero escasa critica.

(1) El canónigo Don Juan Bitrian Pujadas, que lo era de aquella iglesia á fines del siglo XVI y principios del XVII, escribió que habia sido ocultada por los cristianos ya en el siglo III en la persecucion de Daciano. Pero ¿dónde están las pruebas? ¿quién puede creer hoy día tal anacronismo?

Con todo, así se han escrito la mayor parte de las historias de las imágenes aparecidas, pasando por verdades las conjeturas y por testimonios los dichos y delirios de cualquier escritor que quiso fantasear una fábula.

Mayores enormidades se hallan todavía en la *Historia de la Virgen de la Caridad*, en Illescas, con el ridículo título de *Manifiesto de la columna protectora*, impresa en 1709, que fué objeto de sátira en la *Carta de Paracuellos*. De otras no ménos ridículas hablaremos mas adelante al llegar á aquella época del mas depravado gusto literario.

Parece lo mas cierto, que recién conquistada la ciudad, y hácia el año de 1120, segun dicen, observaron los cristianos un globo luminoso en forma de estrella sobre unas piedras del cerro en que estaba situado aquel dicho castillo, y que se oian extraños ruidos dentro del cerro. Cavaron en el paraje que parecian indicar la estrella y los misteriosos golpes, y hallaron una efigie de la Virgen bajo una campana, sirviéndole ésta de dosel y defensa. Dícese que á la Virgen se la halló cubierta con un pequeño manto de seda verde, pero tan pobre; que estaba formado de retazos. Debiósele poner por resguardo, como la campana, mas bien que por adorno, pues no se habia introducido la moda de vestir imágenes. No se trató de moverla de allí, sino que se le construyó templo en el mismo paraje de la aparicion, ó allí cerca, dejando para el castillo la parte que mira á la ciudad y haciendo la capilla á la puerta. Alzóse luego más opulento templo y lo favoreció mucho el obispo don Juan Frontin de Tarazona, cuya madre se habia mostrado muy devota de la Virgen (1). Púsose allí comunidad de canónigos agustinianos y el rey don Alfonso II de Aragon los declaró capellanes reales, en 1187, como lo eran los de Loharre, Alquezar y Montearagon. Tomóse el nombre de la Peña por recuerdo quizá de la Virgen venerada en la iglesia subterránea de San Juan de la Peña, para distinguirla de la que estaba en el centro de la poblacion, y se llamaba por este motivo Santa Maria de Mediavilla, que era tambien iglesia colegial, pero sus canónigos no eran regulares.

La efigie de la Virgen es de madera, y por su poco afortunada talla revela mucha antigüedad. Está sentada en una sillita y por detrás es demasiado tosea y á medio concluir, lo cual sucede con otras efigies de aquel tiempo. Al Niño Jesus lo tiene en la mano izquierda: tanto este como su Madre tienen cetros de moderna hechura, como lo es el pedestal de plata sobre el cual descansa la tosea silla. De estos accesorios hay que hacer poco caso cuando por su hechura se ve que son modernos.

Consérvase todavía la campana bajo la cual apareció la Virgen y es tambien objeto de devocion para el pueblo. Cuando alguna vez se ha roto, se ha cuidado de fundirla con el mismo metal y hechura. Las armas de aquella iglesia son la campana con una estrella encima. Decaída la colegiata de canónigos agustinianos, fué cedida la iglesia en 1632 á los clérigos menores, y faltando esta comunidad en este siglo, continúa el culto á cargo de una devota hermandad de esclavos de la Virgen, que dos veces ha reedificado la iglesia en este siglo.

Con la misma advocacion de Nuestra Señora de la Peña se veneran varias efigies en diferentes parajes de Aragon y Castilla, siendo notables entre ellas la de Alfajarin en Aragon y la de Brihuega en Castilla la Nueva.

De la de Alfajarin consta que no es aparecida, segun dice el P. Faci, pero sí muy antigua, pues está sentada en una silla teniendo al Niño Jesus al brazo izquierdo. Su tamaño es el natural. La advocacion debió venir del sitio en que está colocada, que es una peña tajada, sobre la cual se construyó un castillo que en antiguos tiempos parecia inexpugnable. En la plaza de armas está la capilla de la Virgen, que servia de oratorio y parroquia en el castillo y pueblo, y hasta tiene la coinci-

(1) Véase el tomo L de la *España Sagrada*, y la obra del P. Fernando García, clérigo menor de aquella casa, que publicó en el siglo XVII con el título de *Sacro Monte de Aragon*.

dencia de ser tenida por milagrosa una de las campanas de la capilla, de la cual se dice haberse tocado algunas veces espontáneamente como la de Velilla. En lugar del cetro que lleva la de Calatayud, tiene esta efigie en la mano un pomo con tres azucenas de plata, regalo de la marquesa de Aytona: el Niño, según el P. Faci, estaba adornado con un cestillo de plata con cascabeles, objeto poco digno y de poco discreta devoción, según ya queda dicho. En la colocación de estos objetos que la devoción regala, debiera haber más prudencia de unos y más seriedad de parte de otros.

Por lo que hace á la efigie de la Virgen de la Peña en Brihuega, se hallan también muchos puntos de contacto entre ella y la de Calatayud. También es aparecida y fué hallada bajo una campana en el enriscado sitio donde está su ermita (1) y descubierta allí por el anuncio de celestiales resplandores. El P. Villafañe no la cita entre las aparecidas en Castilla. En cambio habla, pero sin noticia alguna, de otra efigie de Nuestra Señora de la Peña cerca de Tordesillas.

Cita además Faci otra efigie de la Virgen de la Peña en el pueblo de ese mismo nombre junto á Murillo de Gállego, aparecida asimismo en la Peña donde tiene su ermita. La efigie es de madera de tejo, está sentada y tiene el Niño sobre la rodilla izquierda y en actitud de bendecir, lo cual indica su mucha antigüedad, como también el traje que es una túnica encarnada cerrada y sujeta con correa negra, manto azul con orla dorada, diadema de la misma madera y el cabello suelto y dorado.

Con la misma advocación de la Peña había también efigies aparecidas en los pueblos de Aragón, Anies, Graus, Verge y Salvatierra.

La antigüedad de la de Anies y su descubrimiento se supone que datan del año 903 (2): mal elegida está la fecha, pues aquel territorio estaba aún por entonces en poder de infieles. La Peña donde está el santuario es aislada y casi inaccesible, pues hay que subir costeándola por escalones cavados en la roca y no muy seguros. En llegando á lo alto hay que bajar por cuarenta escalones á una caverna donde está el santuario. Fué descubierto este como el de Nájera, por un halcón que soltó contra una perdiz un caballero de Loharre que por allí cazaba. No pudiendo bajar á la caverna fué preciso descolar con cuerdas á un escudero, el cual halló con harta sorpresa la efigie de la Virgen y al halcón y la perdiz junto á sus piés.

La de la Peña en Graus se supone aparecida hácia la época de la reconquista de aquel pueblo en 1083, cuyo asedio tan funesto había sido á D. Ramiro el Cristianísimo.

La de Verge, cerca de Alcañiz, se supone aparecida á un pastor hácia mediados del siglo XII.

La de Salvatierra tiene también una campana que se tiene por milagrosa.

(1) Para que se vea la razón con que lamentamos en este capítulo la poca respetuosa facilidad con que se han mudado á veces los objetos alegóricos que en sus manos tenían las efigies antiguas, substituyéndolos con ridículos juguetes, ó con objetos que significaban distinta cosa, añadiré aquí el hecho de haberle puesto en la mano á la Virgen de la Peña en Brihuega, según me ha dicho persona autorizada, una banderita, en recuerdo de una batalla dada allí en este siglo, y con motivo de nuestras desastrosas guerras civiles el año 1822.

(2) Esta le da el P. Faci.

## XVI.

APARICIONES NUMEROSAS  
DE EFIGIES DE LA VIRGEN A PASTORES DESDE EL SIGLO X  
AL XV:  
OBSERVACIONES ACERCA DE SU ESCULTURA Y  
ACTITUDES EN GENERAL.

Las apariciones de la Virgen á gente campesina son tan numerosas en España desde el siglo X al XV inclusive, que se necesitarían muchos volúmenes para narrarlas todas (1), y aun así no habría seguridad de haber agotado la materia, ni certeza de lo que se decía, puesto que de ninguna de ellas queda un expediente canónico, que autorice la veracidad del hecho, ni fallo de la Iglesia que apruebe esas tradiciones, piadosas sí, pero que no pasan de vulgares. ¿Cómo es posible referirlas todas? La devoción particular quisiera verlas narradas minuciosamente, y cada pueblo desearía ver referida su tradición local con todas sus circunstancias. También lo quisiera la devoción del escritor.

Pero ¿quién puede sufrir la lectura monótona y continuada de más de doscientas apariciones casi todas idénticas y con las mismas ó muy parecidas circunstancias? No parece sino que la mayor parte de ellas fueron vaciadas en una misma turquesa. Luces misteriosas, celestiales armonías, demostraciones de adoración y respeto por parte de algunos seres irracionales en paraje agreste y poco frecuentado, dudas y vacilaciones del pastor favorecido, conatos de llevarse la efigie y darle culto privadamente, incredulidad del pueblo cuando se le refiere la aparición milagrosa, tentativas para llevar la efigie á paraje más cómodo y accesible, fuga de la efigie por dos y tres veces al paraje de la aparición, resolución de edificarle templo en este y frecuencia del pueblo para honrar á la efigie, la cual protege á sus devotos cariñosamente y con reiterados milagros.

Más porque sean muchos uniformes, ó muy parecidos los casos, ¿hemos de dejar de creerlos, y de referir siquiera algunos y los más notables? ¿Hemos de remedar el lenguaje sarcástico y aun grosero del escepticismo racionalista con su criterio glacial é impío? Léjos de nosotros semejante idea. Si no los podemos referir todos, al menos nombraremos algunos y procuraremos enumerarlos, como lo hicieron escritores piadosos. Pues que, si con la narración de algunos de ellos viene á sostenerse la fe vacilante ó aumentarse el fervor creciente, ¿se han de negar todos porque sean parecidos? ¿Dejó Jesucristo de resucitar á Lázaro, porque hubiese ántes devuelto la vida al hijo de la viuda de Naim? ¿No se ha dignado en nuestros

(1) El P. Villafañe cita unas ciento, y Faci respecto al reino de Aragón casi doble número, según veremos más adelante.

días la misma Santísima Virgen de aparecerse á pobres pastorcitos junto á un humilde arroyo de los Alpes, y á una sencilla jóven en las sombras de la gruta de Lourdes, de donde mana repentinamente un manantial de salutíferas aguas? En Francia no deja á los pastores una efigie suya: en España, durante aquellos siglos, muestra con su aparición una efigie escondida por los godos fugitivos ó quizá por los mozárabes piadosos, que á cada paso veían invadidos sus pueblos, saqueadas sus casas, profanadas sus iglesias, cautivas sus mujeres y sus hijas, acuchillados sus hijos en las continuas algaras y azefas ó correrías de los mulmanes. Las murallas de Leon son arrasadas mas de una vez; los fosos de Zamora, llenos de sangre y agua, son perdidos y ganados repetidas veces; cien monjes de Cardena son degollados en un rincón de su claustro: las campanas de Santiago son llevadas á Córdoba en hombros de cristianos para que en su día San Fernando las haga volver allá en hombros de mulmanes: en tantas y tan continuas invasiones, victorias y derrotas, ¡qué extraño es que las efigies de Jesus y de la Virgen fueran escondidas y olvidadas si perecían los depositarios del secreto y que luego el cielo revelase el tesoro escondido, cuando conviniera según los altísimos fines de su Providencia? ¡Acaso porque haga un milagro queda encogido su brazo para hacer otro igual, según dice nuestro clásico Granada con valiente frase?

Pastores fueron los primeros que vinieron á adorar á Jesus en brazos de su Santa Madre.

Ángeles son los que vienen á darles la buena nueva, y vienen destellando vivos resplandores y preblan los aires sus célicas melodías. ¡Por qué, pues, extrañar las apariciones de los ángeles á los pastores en España desde el siglo X en adelante, los celestiales fulgores, las angélicas melodías que vienen también á poblar de virtudes y devoción nuestras montañas y nuestros valles, anunciando ¡gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! Es verdad que monarcas piadosos hacen ya por entonces desbatar el mármol y el alabastro y cubren de pedrería y plata las efigies de la Virgen talladas en madera, pero también es cierto que los Reyes magos vinieron á Belen con su oro y con su incienso, cuando ya los pastores hacia muchos días que socorrian á la Virgen en su gruta de Belen con sus rústicos dones, y quizá solazaban su soledad con sus sencillos cantares y rabeles. Los ecos de Belen llegan á Monserrat y al Pirineo en el siglo IX, como la hendidura insondable que todavía se ve en el santo sepulcro y se abrió en el Calvario al morir Jesus vino á serrar la montaña de Estoreil.

Por razón del lugar ó de los parajes las apariciones de la Virgen van siguiendo gradualmente los pasos de la reconquista. Principian las mas antiguas en el Norte, en Roncesvalles, en Monserrat, Usua y otros parajes septentrionales y próximos al Ebro, luego en la Rioja según queda dicho. Desde principios del siglo XII comienzan las apariciones á ser muy célebres y frecuentes en Castilla la Nueva y en Aragon. Asegurada ya la conquista de Extremadura y Murcia por los avances de San Fernando en Andalucía, comienzan las apariciones en los puntos de Extremadura y otros meridionales de Castilla en el siglo XIII, época la mas principal de aquel ciclo de los pastores.

En la gran reacción religiosa del siglo XIII, época de grande, santo y verdadero progreso, época de la construcción de nuestras grandes catedrales, mejora de las artes, y de los adelantos de las ciencias y la industria, el culto de la Virgen

María llega á su apogeo, como luego veremos, y entonces son restauradas indudablemente muchas de las efigies, como luego veremos, y entonces son restauradas indudablemente muchas de las efigies demasiado deformes, aparecidas en los tres siglos anteriores. Los obispos en sus visitas hacían enterrar ó quemar las efigies feas, toscas ó deformes y así desaparecieron millares de ellas y de groseros y feos crucifijos. Quedánnos ejemplares de efigies de Jesus y de su Santa Madre (1) para muestra de lo que se perdió. La arqueología deplora estas pérdidas, la piedad no tiene por qué sentirlo: cuando lo mandaron los prelados de la Iglesia, poderosas razones tendrían para ello. La piedad y la devoción son antes que la arqueología y el arte. Si en épocas de gran rudeza como los siglos IX, X y XI, se pudo consentir en los altares la exposicion de efigies toscas y groseras para un pueblo rudo y poco culto, de mucha fe y de poco gusto, esto no podia continuar en el siglo XIII de mayor cultura y de gran adelanto. Por ese motivo quizá fué entonces cuando por salvarlas consintieron los devotos y aconsejó el clero con mucha cordura, que fuesen restauradas sus facciones y ropajes por manos más diestras y peritas, y de ahí la mejora de la escultura y de las efigies. Estudiada la indumentaria del siglo XIII, el gusto de aquel tiempo y comparadas las efigies (2), sus rostros, trajes, ornato y colorido, se viene en conocimiento de que la mayor parte de las que figuran como del tiempo de los godos, ni fueron de aquellos tiempos ni tienen el sello peculiar y característico del arte romano, románico y bizantino, sino el del siglo XIII.

En Castilla generalmente son efigies de madera y son raras las efigies antiguas de piedra (3). En Aragon, donde abundan las canteras y alabastros, muchas de las efigies son de esta materia, aun entre las que se dicen aparecidas y que indudablemente son muy antiguas.

Debe observarse también que las efigies que se consideran como de mayor antigüedad representan á la Virgen sentada en una silla curul, ó en un sillón ó arca. El Niño, en las más antiguas, está sentado sobre ambas rodillas, y en actitud de bendecir con dos dedos alzados y los otros tres plegados sobre la palma de la ma-

(1) Véase en el Museo de Antigüedades, las de San Miguel in *Excelsis*, con un precioso artículo del Sr. D. Pedro Madrazo, tomo VI, y la de Sahagún, tomo VII, con otro del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Como modelos de la groserísima escultura del siglo X, nos quedan varios crucifijos lemosines en el Museo de Cluny (en Paris), números 964, 965 y 966, los cuales puede compararse con los del Cid que existen en la catedral de Salamanca y debió traer de su tierra el primer obispo D. Jerónimo, capellan del Cid y lemosin.

(2) La comparación hay que hacerla asimismo con otras efigies extranjeras, sobre todo de la parte meridional de Francia. Así como el crucifijo que lleva el Cid al pecho y se conserva en la sacristía de la catedral de Salamanca, es indudablemente lemosin en el sentido riguroso de la palabra, y lo debió traer su confesor D. Jerónimo (llamado Visquiu) de tierra de Limoges, de donde era oriundo, así algunas efigies españolas de la parte septentrional de España tienen grande analogía con las de España y hay que compararlas.

A la entrada del coro de la catedral de Paris (ó sea el presbiterio á mano derecha) recuerdo haber visto una Virgen de piedra sobre una media columna, que hay que comparar con la del Pilar de Zaragoza.

La de Notre Dame de Buglose, profanada por los protestantes y venerada de San Vicente de Paul, por estar cerca de su casa, está sentada y recuerda mucho en actitud y detalles nuestras efigies del siglo XIII.

(3) De alabastro y de gran altura es la de los ojos grandes de Lugo, que creo del siglo XIII, según queda dicho.

no. Poco á poco desde el siglo XII el Niño se va alzando de esta postura y sentándose sobre el brazo de su Madre, la cual le ofrece ó presenta una manzana, alegoría del pecado original que vino á redimir. Otras veces la manzana se parece á un corazoncito y al último se convierte en un pomo ó frasco en que la devoción viene á colocar flores. El Niño suele tener en las efigies antiguas un pajarito, como tienen la del Pilar (1) y otras varias á imitación suya. Mas adelante se le representa con el libro, unas veces abierto, otras cerrado, y últimamente, cuando la Virgen deja de presentarle la alegórica manzana, aparece en la mano del Niño el globo azul, simbolizando el mundo que rige y fué salvado por El.

El pajarito significa, según la interpretación mas usual, el alma del justo, que se pone en manos de Jesus conformándose con su voluntad santísima, y dispuesta á volar al cielo, diciendo entre tanto con San Pablo, «quiero verme disuelto y estar con Cristo.» El libro cerrado significa el libro de la vida, y á veces con los siete sellos alude al misterioso libro de que habla el Apocalipsis: el libro abierto significa el Evangelio promulgado y predicado por Jesus. La manzana que enseña la Virgen al Niño denota la intercesión por los pecadores y el recuerdo de la redención del linaje humano, perdido por la funesta manzana en mal hora gustada por nuestros primeros padres.

Desde el siglo XV la Virgen suele tener cetro de oro en su mano, y á veces una bandera como recuerdo de las victorias contra los infieles y protección á las armas españolas, en especial despues de la batalla de Lepanto. En otras ocasiones tiene el lirio simbólico de la pureza, el cetro con la flor de lis, ramilletes de flores, ó algun objeto que declare su advocación especial, como una sierra (2), un barco ó una campanita; al paso que las de los institutos mendicantes ostentan el rosario de Santo Domingo, el escapulario del Carmen, los grillos y cadenas rotas de Nuestra Señora de la Merced y la correa las de los Agustinos.

El refinamiento del buen gusto en el siglo XVI y la santidad de los prelados, haciendo retirar, quemar ó enterrar las efigies toscas, feas ó grotescas de la Virgen, que no debían estar en los altares, alarmaron á los devotos que terminaban su culto en la efigie misma contra la doctrina y el sentir católico. La historia nos presenta noticias de efigies enterradas por orden de los prelados en acto de visita, y que una devoción desobediente desenterró (3), alegando milagros que no se hicieron constar en la curia episcopal, contra lo mandado por la Iglesia, que no permite esta propalación de milagros sin prévia formación de expediente (4).

(1) La del Pilar, á pesar de su grandísima antigüedad, no podia ser representada en asiento sino de pie, puesto que habia de estar sobre la columna.

(2) La de Monserrat en Fornoles, Faci pág. 45, y la de la Sierra en Villarroya, tienen una sierrecita en la mano.

(3) Dos casos de estos cita el P. Faci en Aragon, el cual se lamenta de que se mandaran enterrar. En efecto, mejor hubiera sido mandarle restaurar si era posible, como se hizo con la de los Puyos de Alcañiz, según el mismo padre indica y aplaude. Pero de no serlo, ni haber medios para ello, mejor fuera enseñar al pueblo á obedecer á sus prelados.

En uno de Aragon, mandó el obispo (inquisidor general todavía), hácia 1826, enterrar un feísimo y tosco crucifijo: faltó la lluvia poco despues y se propaló que era castigo del cielo: dándose el caso de desenterrarlo algunas mujeres amotinadamente, y volverlo al altar donde yo lo ví poco despues.

(4) *De invocatione et reliquiis sanctorum et sacris imaginibus* (Sess. 25 del Concilio de Trento, al final de este), donde prohíbe la propalación de nuevos milagros sin prévia formación de

Así que la reforma del gusto desde el siglo XIII al XV y la severidad justa y canónica de algunos prelados celosos y de buen gusto, mandando retirar, retocar ó reformar las efigies toscas, y hacer informaciones mas severas sobre las que se decían aparecidas, cicrrán desde fines del siglo XV este largo período de las apariciones de la Virgen á los pastores, siendo ya estas desde entonces muy raras ó casi ningunas, y viniendo á cerrarse ese ciclo, ó largo período, con las apariciones de efigies en Guadalupe, Nieva y la Peña de Francia, siendo ya muy raras y aun dudosas las que se citan del siglo XVI en adelante.

El dar noticia de todas las efigies que en España se dicen aparecidas á pastores seria una cosa tan pesada y prolija como inútil; pero no lo será decir algo y brevemente de algunas, pues de la comparación puede resultar alguna luz, curiosidad para el estudio, y esclarecimiento de algunas verdades sobre el culto de la Virgen.

Las apariciones más antiguas que se citan con fecha tal cual segura, ademas de la de Roncesvalles, Monserrat y alguna otra ya citada, son la del Viñedo en Castiásbas, cerca de Huesca, á un pastorcillo llamado Matias de Guevara, hácia el año de 1180, la de los Llanos en la Alcarria, cerca de Hontova, año de 1100, la del Pueyo aparecida al pastor San Balandrán, cerca d Barbastro, año 1110; la de las Ermitas, aparecida á unos vaqueros en Galicia, hácia el siglo XII, sin fecha cierta. La de la Sierra en Villarroya, junto á Calatayud, aparecida á un vaquero poco despues de la reconquista, como tambien las efigies de Ciguela y Jaraba, aparecidas en dos cuevas en aquel territorio á varios pastores al tiempo de la reconquista de aquella tierra, y la de San Daniel junto á Ibdes, á un pastor de ese pueblo llamado Daniel, á quien llaman santo; la del Aya en Moncayo, cerca de Tarazona, aparecida á un pastor por aquel mismo tiempo; la de Foncalda, la de las Lagunas junto á Carinena; la de los Pueyos cerca de Alcañiz y poco despues de su reconquista; la de Monserrat junto á Fornoles; la de Dos-aguas junto á Nonaspe; la del Pueyo junto á Villamayor; la de Monlora junto á Luna; la de la Fuente junto á Peñarroya; la de Bonastre junto á Quinto; la de la Peña junto á Verge y la de los Arcos en Albacete.

Del mismo siglo XII y en Aragon se suponen ser la de la Estrella en Morarue'a; la del Molino junto á la de Santa Eulalia; la del Espino en Alcalá de la Selva; la del Tromedal en Orihucla, cerca de Albarracín, y la de Sixena, cuya aparición se pone hácia el año 1182.

Hay noticias tambien de seis efigies aparecidas en Aragon por aquel tiempo á varias piadosas pastorcitas. Estas son las del Romeral, junto á Puy de Cinca, que quizá sea mas antigua; la de Gracia en Fresneda; la del Prado en Vivel de la Sierra, cerca de Calatayud; la de Aliaga, en Cortes, y la del Campo, cerca de Villarroya en la comunidad de Daroca aparecida á una sencilla labradora.

Mas adelante hay noticia de la desaparición de una efigie de la Virgen que estaba en el pueblo de Torrellas (obispado de Tarazona), poblado de mudéjares ó moros tributarios, la cual abandonando este pueblo, quizá por algun desacato, vino á parar cerca de Mallen, pueblo vecino y del mismo obispado, donde apareció á una pastorcita.

Cuéntanse tambien tres apariciones á labradores de Aragon y en el mismo siglo

expediente por el obispo, y otras medidas muy sabidas sobre la exposicion y veneración de las sagradas imágenes. Lo mismo habia mandado Inocencio, III en el siglo XIII. (Cap. V, tit. 46, libro tercero de las Decretales.)

XII, y son de las efigies llamadas del Cid en Iglesuela, del campo en Camarillas y de la Zarza en Aliaga. Del mismo siglo se supone ser la aparicion de Nuestra Señora de la Hoz, á las inmediaciones de Molina.

Desde el siglo XIII disminuyen las apariciones de efigies á pastores en Aragon, y en cambio principian á ser mas frecuentes en Castilla. Las mas notables son la de la Alconada en 1219 y la de Valverde en 1242. En Aragon hay la de del Olivar cerca de Estercuel en 1250 y la de Magallon huida da allí por un horrible sacrilegio y aparecida á pastores de Lecina en 1263.

Siguen á estas y en Castilla la del Risco en tierra de Ávila, el año de 1320, la de Guadalupe, 1326, la de la Oliva, 1330, la del Henar, 1380, la de Texeda, 1395, la de Nieva, en 1399. Cierran este periodo la de Aranzazu en 1469 y la de Villaviciosa (Córdoba), que se supone tambien aparecida á fines del siglo XV.

Por cosa rara se cuenta la aparicion de la efigie de la Virgen á un carbonero en la Sierra de Herrera, cerca de Daroca, á principios del siglo XVI (1504), segun el cálculo de Ustarroz, aunque quizá sea su fecha más antigua.

De algunas de estas convendrá expresar algunas circunstancias para venir en conocimiento de la antigüedad que se les atribuye, por las circunstancias y la descripción de la efigie. Son notables las apariciones de la Virgen del Pueyo en Barbastro y la de San Daniel en Ibdes, junto al célebre monasterio de Piedra en tierras de Calatayud, por haber muerto con fama de santidad los dos pastores á quienes se aparecieron las efigies, conservar la historia su nombre y tener culto casi tolerado en los templos dedicados á ellas.

El pastor á quien se apareció la Virgen del Pueyo, se llama San Balandran: tiene su sepulcro de piedra y alzado del suelo en el mismo sitio donde se apareció la efigie de la Virgen sobre un almendro.

La de Ibdes se apareció á un pastor sencillo y muy honrado llamado Daniel, á quien se dió no solamente el dictado de santo, sino el que sirviese su nombre de advocacion, llamando á la efigie la Virgen de San Daniel. Sólo tiene una cuarta de altura y el Niño arrimado al pecho.

La Virgen del Prado, aparecida en una pradera del pueblo de Vibel de la Sierra, cerca de Calatayud, tiene poco más de un palmo de alta, está sentada y con el Niño sobre las rodillas.

La del Viñedo, en Castilsabas, que se supone ser del año 1086, está sentada y tiene el Niño á la izquierda y en actitud de bendecir.

Varias de estas efigies aparecidas en Aragon, cuyas curiosas descripciones dejó el reverendo P. Faci, están asimismo sentadas, teniendo unas el Niño sobre ambas rodillas, y otras al brazo izquierdo.

Sobre ambas rodillas tienen el Niño entre otras:

La de Guayente, en el Valle de Benasque, que se supone aparecida el siglo XI á un caballero de la casa de Azcon, baron de Castarnés.

La de Arcos, junto á Albalate, aparecida á un pastor; tiene la alegórica manzana.

La del Horcajo, junto á Villarroya: tamaño natural: tiene tambien la manzana.

La del Pueyo (Villamayor), ostenta el Niño en actitud de bendecir.

Como cosa rara se cita la efigie de Nuestra Señora de las Fuentes, junto á Sariñena, la cual está sentada y tiene el Niño al brazo derecho, y en actitud de bende-

cir, pero en las efigies que la devocion viste, hay que hacer poco caso de esto, pues los devotos colocan el Niño á su capricho, y no es de los menores inconvenientes que ha traído el vestir las imágenes, como luego veremos.

Sentadas y con el Niño á la izquierda, están las siguientes y todas en Aragon:

La de Concillo, en Murillo, hallada bajo una campana.

La de la Peña, en Calatayud, que ya queda descrita.

La de Dulcis, en Alquezar, que tiene cuatro palmos y medio de alta.

La de la Corona, cerca de Bolea: tiene cuatro palmos de alta.

La del Remedio, junto á Lierta: tiene toca blanca.

La del Olivar, junto á Arasques: está el Niño en actitud de bendecir.

La de la Fuente, en Peñarroya: tiene al Niño como la anterior.

La de las Lagunas, en Cariñena, aparecida á un pastor.

La de los Pueyos, en Alcañiz: tiene cinco palmos de alta: el Niño tiene el globo.

La de la Zarza, en Aliaga: está el Niño en actitud de bendecir.

La del Carrascal, en Planas: el Niño tiene en la mano el alegórico pajarito.

La de la Misericordia, en Borja: el Niño reclinado en el pecho de la Virgen.

Es muy posible que algunas de ellas tuviesen el Niño sobre las rodillas, segun la antigüedad que se les atribuye; pero como con casi todas ellas se dió en la manía de vestir las, los que esto hicieron colocaron á su capricho la efigie del Niño Jesus, que les estorbaba para vestir á la Virgen, si este habia de estar en su primitiva postura.

Entre las que figuran como aparecidas en Aragon, hay algunas de alabastro, segun queda notado. Figuran entre ellas:

La de Piedra, en su célebre monasterio de que se hablará luego.

La de Hinoges, colocada sobre un pilarcito: tambien de una tercia y con el Niño al brazo derecho.

La de Xarea, junto á Sessa: tres palmos de alta: el Niño tiene el pajarito alegórico, y el manto con perfiles dorados y flores de lis.

La de Nopaspe, de tres palmos de alta, aparecida á un pastor.

La de Villavieja, junto á Ternel, que se supone venida de Francia.

La de Rodanas, junto á Epila, de tres palmos de alta y adornado su manto con flores de lis, la cual tambien se supone venida de Francia y aparecida á un pastorcillo, no se dice cuándo (1).

Estas ya no están sentadas, sino en pié y al parecer deben ser del siglo XIII ó posteriores.

(1) De esta y de la anterior se dice que las tenia en su oratorio un obispo francés, el cual solia golpearlas y hacerles otros ultrajes, por lo cual ambas se vinieron á Aragon donde aparecieron milagrosamente. Estas más que tradiciones son traiciones. ¿Con qué derecho se infama la memoria de un obispo de ese modo, aunque no se cite el nombre? ¿Quién va á creer esa enormidad, aunque lo diga y crea el vulgo y se estampe en letras de molde?